

ACERCA DEL PESIMISMO EN LAS CIENCIAS SOCIALES¹

Hemos tenido miedo a confesar que soñamos; ha habido cierto pudor personal en declararse optimista.

Lo que se comparte en el grupo más bien es la desesperanza, la resignación a algo que juzgamos inevitable. Es necesario cambiar la dirección de nuestras vidas y el desencanto con el presente volverlo una activa ilusión por el futuro. Las buenas aspiraciones, los sueños positivos siempre fueron más constructivos.

Una feminista anónima

INTRODUCCIÓN

La sociología y las ciencias sociales en América Latina han atravesado diversos momentos de creatividad. ¿Creatividad en las ciencias sociales? Sí, entendido esto de una manera precisa como la capacidad sostenida de proponer interpretaciones holísticas de

¹ Texto extraído de la *Revista de Ciencias Sociales*, No. 94, 2001 (IV), pp. 151-167.

la realidad que se vive, de producir imágenes y representaciones animadas por una perspectiva de futuro, en el marco de grandes proyectos colectivos, sostenidos por principios de legitimidad compartida por la comunidad científica. Casi, diríase, una creatividad amparada en paradigmas apropiados, según la célebre definición que para las ciencias duras propuso Kuhn, es decir, las realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica.²

Este trabajo constituye una breve reflexión realizada en una óptica casi biográfica (¿estrictamente personal?) acerca de dos momentos experimentados por las ciencias sociales en general, pero de manera particular por la sociología/ciencia política, que a nuestro juicio corresponden a dos momentos objetivos, pero experimentados subjetivamente como expresivos de estados de ánimo acerca de la modernización de América Latina. No se postula en ningún momento que pueda encontrarse una relación causal entre la euforia por el desarrollo, que aconteció en la segunda posguerra, especialmente a partir de los años sesenta, y el despertar de las ciencias sociales; o el escepticismo y la desesperanza que desaniman los actuales proyectos de desarrollo, acompañados por una conciencia de que estamos experimentando el fin del pensamiento clásico en las ciencias sociales, y con ello, el fin de la certidumbre en las mismas.

Hacia los años sesenta se inició pausadamente la institucionalización de la docencia y la investigación en ciencias sociales en México, Argentina, Brasil y Chile. Fue un momento acompañado no sólo por la ampliación de la *curricula* universitaria sino por la dedicación de un conjunto de intelectuales que empezaron a hacer investigaciones, a impartir cursos, publicar libros y revistas sobre ciencias sociales y que mantenían una actitud de “modernidad” tanto con relación a lo que producían como por los resultados que esperaban obtener en un medio cultural y so-

² T.S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 13.

cial que no estaba aún preparado para esa clase de consumos. Es ésta una referencia a un momento germinal que coincidió con la percepción de las posibilidades de desarrollo, asumidas como el momento esperado de la modernización capitalista tantas veces preterida.

Se buscaba, con una voluntad alimentada por ilusiones desarrollistas, sustituir la economía agraria tradicional por una de base industrial, la urbanización de la población acompañada con nuevas oportunidades educativas, la secularización de la vida social, la apertura en la participación política, avances en la racionalización del Estado y la implantación de una democracia política. Todos éstos son rasgos de una condición de modernidad que se alcanzan a lo largo de un proceso de modernización sostenido. No resulta casual esta concepción operacional de la modernidad. Hemos sido formados, en una perspectiva histórica general, por una herencia cultural de modernidad que alimentó nuestras vidas y esperanzas. Por una concepción de que el cambio está finalmente impulsado por dos poderosas fuerzas que representan, por un lado, el progreso económico, la ciencia, los descubrimientos tecnológicos, las transformaciones materiales, es decir, *la razón científica al servicio del bienestar del hombre*; y por el otro, la fuerza secularizadora que nos libera de la opresión, del atraso cultural, de las explicaciones religiosas o mágicas, de los poderes tradicionales o carismáticos y nos hace hombres conscientes, autónomos, libres. Es decir, *la razón política que moderniza la vida social y política de la vida en comunidad*.

Este trabajo está inspirado en esa concepción, es decir, *la modernidad, que es por un lado la fuerza del progreso económico de toda la sociedad, y por el otro, de la democracia política que se abre a la libre participación ciudadana*. Casi toda la producción sociológica de la primera época a la que nos referimos inicialmente estuvo animada por la referencia a un futuro mejor por moderno y al alcance de la mano. Hay que ver los textos que relatan la historia del pensamiento social de los años sesenta y setenta y que coinciden en subrayar lo que constituyó el rasgo preeminente, como actitud y como objetivo, de aquella producción intelectual: una vigorosa

motivación por los problemas del atraso y por el desarrollo social como totalidad, un interés por los aspectos culturales, sociales y políticos que ponían de manifiesto una realidad superable, corregible. La sociología surgió rechazando la realidad, asumiéndola como una historia de malformaciones a la que le habría llegado su hora quirúrgica. Como resultado de esa vergüenza, la reacción era el desarrollo de un compromiso moral/intelectual/político, en las ciencias sociales, que surgía en un momento también favorecido por el clima de la euforia desarrollista posbélica.

En este final de siglo, por razones que no es posible desarrollar aquí, vivimos una contradictoria experiencia del proceso de modernización que intenta volver compatible, en los nuevos espacios de la modernidad, la democracia liberal como régimen político con el mercado libre como modelo del desarrollo y del progreso técnico. Empiezan a experimentarse ya los efectos negativos de este maridaje, no tanto porque en la historia ha sido ya experimentada largamente su difícil coexistencia, como por los síntomas crecientes de la ambigüedad de hoy en día en que la democracia se vive como la administración de una formalidad electoral y el crecimiento económico como una experiencia crecientemente excluyente de las mayorías. Si se profundiza más este análisis, la democracia debería apoyarse en una sociedad menos desigual y más incluyente. Pero estos resultados sólo pueden alcanzarse a través de diversas formas de regular el mercado desde el Estado, lo cual resultaría insoportable si no se quieren perder niveles de competitividad y eficacia. La globalización en sociedades pobres no deja alternativas. La construcción democrático-liberal está guiada por la lógica del mercado libre donde la secularización política resulta a la postre adversa a la renovación económica. *Ya ocurre que se enfatiza más lo liberal que lo democrático.*

MODERNIZACIÓN Y MODERNIDAD: LA RAZÓN TRIUNFANTE

La óptica con la que se empezó a examinar la realidad nacional y regional en los sesenta fue esencialmente crítica y voluntarista, pues se percibía el mundo en el momento en que vivía un impor-

tante momento de transformaciones. En verdad, la euforia por el cambio lo impregnó todo; de ahí que interese destacar cómo se expresó ese estado de ánimo en las ciencias sociales. El punto de partida metodológico era el principio de la síntesis y de la totalidad, que forman, por lo demás, y como es bien sabido, parte de la tradición de la sociología en sus comienzos como disciplina.

El pensamiento social en su versión universitaria, más sistematizado como disciplina, surge alrededor de los años sesenta fuertemente motivado por la urgencia de la modernización de la sociedad, pero no a partir de un discurso de raíz utópica sino como una modernización posible derivada de la cognoscibilidad de la estructura socioeconómica y que en el ámbito de la política aparecía como una tarea posible. Esta perspectiva era compartida por los diversos enfoques teóricos que estaban emergiendo.

1. La sociología de la modernización surgió primero, y postulaba el proceso de cambio como una transición a partir de una dicotomía conceptual que se describía como el movimiento desde la sociedad tradicional —rural, sagrada, analfabeta, autoritaria, prescriptiva— a la sociedad industrial moderna —urbana, secular, democrática, electiva, etc.—.³ Se entendía que la diversidad regional latinoamericana se encontraba en diversos momentos de ese tránsito y que era posible apresurarlo en muchas de esas sociedades si se satisfacían las variables/requisitos que en su experiencia histórica las sociedades más desarrolladas ya habían satisfecho. La clave del cambio era la diferenciación creciente en los distintos órdenes de la vida: en la economía, en las instituciones políticas, en los roles sociales. La complejidad moderna es la expresión de una especialización a gran escala trazada por

³ Resultaba muy familiar en aquel clima cierto modelo dicotómico, cualquiera que fuese el nombre que se le diera al estado inicial y al estado final, como el desarrollo que debía experimentar toda sociedad. Son las clásicas formulaciones de Tonnies, Durkheim, Becker, Redfield y otros. Este modelo fue utilizado por vez primera en el Seminario Latinoamericano sobre Metodología de la Enseñanza y de la Investigación de las Ciencias Sociales, FLACSO, Santiago de Chile, 22-29 de septiembre de 1958, que marcó el nacimiento de esta institución.

la razón y ejecutada por la disciplina y la voluntad conjunta del Estado, y por la acción innovadora de esos actores especiales, los empresarios originales del primer día.

Había, pues, una meta asequible, precedida de señales y condiciones que las elites dirigentes debían advertir, seguir y satisfacer necesariamente. Era como un vasto ideal de modernización fijado de antemano por una racionalidad universal que el Estado y los actores clave podían asumir. En su versión más conocida, ésta fue la sociología de la modernización que popularizó por aquellos años, con su enorme talento, G. Germani.⁴ Era una derivación de raíz weberiana envuelta en un ropaje parsoniano⁵ y la de los varios discípulos de éste. En un breve paréntesis recordemos que por esos años Talcott Parsons, desde la Universidad de Chicago, venía elaborando la propuesta teórica más ambiciosa hasta entonces intentada después de la muerte de Weber. *La gran teoría*, como la calificó despectivamente Wright Mills, trató de ser una enorme síntesis explicativa de la conducta humana en sociedad y la naturaleza de las relaciones sociales, todo en clave funcionalista. Por cierto y de manera temprana, los corazones y las mentes de esa generación se dividieron entre una “derecha” funcionalista y una “izquierda” marxista.

El conjunto explicativo que Germani propone para América Latina está asentado en el convencimiento implícito de una confianza plena en la capacidad racional de los actores promotores del desarrollo. Solamente era cuestión de asegurar la fidelidad a las condiciones del modelo histórico para que los resultados obtenidos fuesen los deseados. El optimismo era derivado, reflejo de una sabiduría que ya había exhibido su eficacia en el feliz ejemplo de las grandes sociedades industriales, de las democracias consolidadas del Occidente próspero. La síntesis final, en clave conductual, es que resulta importante introducir cambios en el

⁴ Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962, y del mismo autor, *La sociología científica*, México, UNAM, 1956.

⁵ Talcott Parsons, *The Social System*, Glencoe, The Free Press, 1959, y *Essays in Sociological Theory*, Glencoe, The Free Press, 1958.

tipo de la acción social predominante, que de prescrita (cerrada, inmutable, impuesta) debería convertirse en una acción electiva (racional, abierta, libre); también era necesaria la institucionalización del cambio como actitud renovadora, dejando atrás el rígido respeto por lo tradicional, inmutable.

En una versión simplificada pero igualmente optimista, se popularizó la imagen en los medios universitarios de que los países desarrollados nos estaban enseñando el camino. Llegó como un mensaje con tonos ideológicos al divulgarse como una panacea: el cometido no era simple pero se proponía saber copiar el esquema histórico, calcar inteligentemente lo que ya había sido experimentado exitosamente.⁶ *Una racionalidad de tono menor que nos llevaría más o menos directamente a convertirnos en una tercera o cuarta versión de los Estados Unidos, Inglaterra o Francia, pero pobres.* Los cambios fundamentales en la estructura atrasada debían estar presididos por un proceso de secularización, basado “ya no sobre valores inalterables de la tradición sino sobre actitudes racionales, la disposición al cambio a través del ejercicio del libre análisis, y sobre todo *la disposición al cambio a través de la razón*”.⁷ La lógica que subyace en este esquema o que lo inspira, subraya la unicidad del desarrollo y la multiplicidad de sus expresiones históricas.

El esquema que aquí estamos presentando es mucho más complejo y está repleto de otros requisitos, algunos de los cuales aparecen en la forma de dificultades y obstáculos para el cambio. Pero se inspira en una predisposición natural que *sobrestimó siempre, más que las tendencias espontáneas del cambio socioeconómico, la facilidad de repetir la experiencia eurocéntrica de la industrialización.* Se reiteraba que ella requirió y se bastó con la emergencia

⁶ Fueron numerosas las obras que desarrollaron esta perspectiva. En su versión en español fueron muy divulgados los trabajos de Bert Hoselitz sobre el crecimiento económico de América Latina.

⁷ Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas, op. cit.*, p. 72. El énfasis en la acción racional es de origen weberiano, pero reiterada en la visión de Talcott Parsons (énfasis nuestro).

de empresarios emprendedores, héroes individuales de la ascesis puritana, del ahorro, de la inversión, de la iniciativa schumpeteriana. Hay aquí una razón mercantil que, si se atiende, ofrece una visión amable del futuro de América Latina. Los mecanismos para producir el cambio nunca fueron explícitos. ¿Cómo formar empresarios innovadores, capaces de la aventura industrial bajo su propio riesgo? ¿Cómo asegurar la ascesis capitalista y proscribir el consumo suntuario de la élite dominante, en una época en que opera perversamente “el efecto de demostración” del consumo suntuario? El sesgo norteamericano de esta propuesta inició el debate, pero fue competido, y en algún momento, incomprendido, y finalmente, dejado de lado. *Sólo nos interesa destacar, en este trabajo, que la sociología de la modernización marcó el comienzo de una etapa optimista en el desarrollo económico y en las ciencias sociales, que ahora echamos de menos.*

2. Lejos de esta explicación del cambio, pero aún igualmente animada por un horizonte risueño como la sociología de la modernización, fue elaborándose la versión desarrollista del cambio. Ésta se fue creando en una matriz economicista del desarrollo, cuyo punto de partida fue la tantas veces proclamada *fuera expansiva del capital*, postulada 100 años atrás por Marx. Se decía que el capitalismo está animado de una tendencia a expandirse planetariamente como resultado de una cualidad intrínseca, dinámica, de las fuerzas productivas. Lo que no dijo Marx, sino Rosa Luxemburgo (primero), y luego fue comprobado empíricamente por muchos (Hilferding, Gerschenkron, Polanyi, etc.), es que las fealdades originales precapitalistas no quedarían maquilladas por el crecimiento, por más vigor que la dinámica del capital adquiriera. Por el contrario, la naturaleza del crecimiento conduciría a exacerbar las diferencias, a extraer excedentes de las economías coloniales del mundo precapitalista incorporado por diversas vías a una metrópoli imperialista. La visión que interesa subrayar es que las posibilidades del crecimiento en los márgenes y las desigualdades inherentes a la expansión mundial del capital producirían, dicho en lenguaje topográfico, un “centro” y una “periferia” interdependientes, de forma asimétrica.

Esta tendencia inmanente del sistema capitalista a producir y profundizar desigualdades fue percibida de manera particularmente aguda por Raúl Prebisch y elaborada como el punto de partida de una audaz propuesta teórica correctora de los vicios que el desarrollo produce en la periferia.⁸ El optimismo burgués de Prebisch predica el desarrollo como posibilidad y como necesidad basado en un conjunto de supuestos históricamente factibles y teóricamente válidos. El atraso latinoamericano es efecto —entre otras varias causas, igualmente importantes— de la naturaleza del intercambio comercial desigual y de la inequidad en la distribución de los frutos del progreso técnico, todo ello efecto de las estructuras económicas atrasadas. Las desigualdades existentes reproducen con el comercio la distancia entre el centro industrial y la periferia agrícola.

En consecuencia, la respuesta es también la industrialización de la periferia, que absorbería la población redundante del campo, crearía mecanismos endógenos de acumulación, innovación tecnológica y oferta de bienes a precios menores, todo lo cual produciría una activa diferenciación social y mejoraría los desequilibrios externos y los términos de intercambio internacional. Estos resultados podían prefigurarse si lo hacían apropiadamente la voluntad política del Estado y de los actores vinculados al cambio.

Los proyectos de modernización, en consecuencia, pueden ser planificados y dirigidos por el Estado, que además en tanto agente promotor del cambio, construiría la infraestructura de comunicaciones, energía y servicios básicos, facilitaría la industrialización vía incentivos fiscales y tarifarios, haría la defensa del mercado interior para que crecieran en “condiciones de invernadero” las jóvenes industrias del subdesarrollo. Ordenar el crecimiento requiere políticas públicas trazadas con propósitos específicos, con

⁸ Aunque Raúl Prebisch fue el inspirador y el más importante pensador de la CEPAL, concurrió en las décadas de los cincuenta y sesenta un importante contingente de economistas, sociólogos y otros especialistas latinoamericanos, cuyas contribuciones fueron decisivas también y que no se mencionan por la naturaleza de este trabajo.

recursos técnicos resultado de una deliberada voluntad de transformación. Junto a la industrialización se necesitaba modificar la estructura agraria y los componentes que acompañan la producción del latifundio-minifundio. Hubo también elaboración de aspectos relativos a políticas fiscales, monetarias y salariales. Como puede verse, fue éste un proyecto reformista de largo alcance, sin duda el más audaz y completo por el período histórico en que se produjo y por los alcances que tuvo.⁹ Habría que agregar que con relación a estas propuestas, la derecha empresarial desconfió de los medios, y la izquierda obrerista de los fines.

El proyecto de modernización de la periferia elaborado por Prebisch/CEPAL reiteró siempre la necesidad del cambio dirigido, el camino de la industrialización como una propuesta de planificación del desarrollo. Fue una propuesta a la sociedad de aplicar las llamadas políticas de “desarrollo hacia adentro”, impulsadas a contrapelo de aquellas dirigidas desde el exterior y basadas en la demanda externa. Ahora se postulaba un modelo de alta racionalidad económica en provecho de la sociedad, y especialmente de los empresarios locales, una estrategia que requirió una amplia protección estatal, casi se diría, un tipo de crecimiento capitalista políticamente dirigido. Se necesitaban planes de ordenamiento de la economía, ejecutados por autoridades técnicas, y un Estado capaz de instrumentarlo.

Era indispensable para el éxito de tales proyectos, una acción voluntaria apoyada en la fuerza racionalizadora del Estado, capaz de ejercer un papel corrector de las insuficiencias dinámicas de la economía y de la distribución del excedente. Las políticas pú-

⁹ La producción intelectual fue numerosa, innecesaria de citar en este contexto. No obstante, véase por ejemplo, “Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano”, en *Revista de Comercio Exterior*, 1963 y *Transformación y desarrollo: la gran tarea de la América Latina*, México, Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y Fondo de Cultura Económica, 1970. Posteriormente el pensamiento de Prebisch se radicalizó, tal como aparece en *El capitalismo periférico, crisis y transformación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, que es un alegato terminal a favor de la transformación política del capitalismo en la periferia. En esta obra, el optimismo ya no aparece. Es más bien el desencanto en relación con las dificultades virtualmente insuperables para alcanzar el desarrollo.

blicas que se generalizaron en los años sesenta y setenta fueron una multiplicación de proyectos de desarrollo, aceptadas por los gobiernos latinoamericanos. *Constituyeron sin duda la expresión más transparente de un reformismo iluminista*, apoyado en las razones de la técnica y del poder. Las virtudes de la planificación como estrategia implican una confianza en la racionalización de la realidad, una convicción implícita de que también hay una racionalización del poder. *Poder y realidad apoyadas en unas ciencias sociales optimistas que hacían la articulación entre conocimiento y cambio*. Las investigaciones realizadas en esta perspectiva, la numerosa bibliografía producida, enriquecieron las ciencias sociales de la época.

Surgieron en todos los países los Ministerios de Planificación, creados con politizada ilusión en sus virtudes funcionales. La utopía del plan entró también a la academia, multiplicándose numerosos programas docentes en las universidades, para formar “planificadores” apoyados en la idea de que la voluntad política podía modificar el mercado. Aun más, Prebisch lo dijo a su manera: el papel del Estado es socializar la técnica y crear estímulos a la iniciativa privada, para utilizarla. Es la definición de un Estado que intermedia entre una racionalidad superior derivada de sus pretensiones universalistas, y una realidad compleja que percibe a través de los intereses particularistas del mercado, donde los intereses privados pueden jugar un papel organizador. Se suponía, finalmente, que el Estado en la periferia puede expresarse como un poder planificador, dotado de una razón ordenadora del desarrollo económico. En esa época, la CEPAL construyó una estructura de conocimiento empírico, estadístico, analítico, que enriqueció el saber sobre estos países como nunca antes ni después ha ocurrido.

3. Del interior del debate entre el discurso estructural-cepalino y la sociología de la modernización surgió una propuesta de interpretación de la historia latinoamericana. Apoyado en la refutación de ambos y valiéndose igualmente de una perspectiva estructural, surgió *la noción de dependencia* (que muchos elevaron al estatus de teoría, sin que lo fuese). Fue elaborada, hacia finales de los se-

senta, por un importante grupo de científicos sociales que vivían en Chile, encabezados por F.H. Cardoso y E. Faletto, y coreada por una generación de intelectuales de todo el mundo en los años posteriores. Alcanzó muy pronto una enorme popularidad en razón inversa a su efectiva comprensión conceptual y metodológica. En su libro seminal¹⁰ se plantea que la situación de subdesarrollo se produjo históricamente cuando la expansión del capitalismo comercial, y luego del industrial, vinculó a un mismo mercado economías en diversos grados de diferenciación productiva, en razón de lo cual ocuparon posiciones distintas en la estructura global del sistema capitalista.

De ahí que no sólo exista una diferencia de condición del sistema productivo sino también una función especial dentro de ese orden internacional. Ello supone, además, una estructura definida de relaciones de dominación. Lo novedoso fue analizar cómo las economías subdesarrolladas se vincularon históricamente al mercado mundial y la forma en que se constituyeron los grupos sociales internos que definieron tales relaciones hacia afuera. La derivación de este enfoque implica reconocer que *en el plano político existe algún tipo de dependencia en la situación de subdesarrollo*.

La dependencia de los países menos desarrollados surge con la expansión económica de los más desarrollados, lo que implica una forma de dominación que se manifiesta en la actuación de los grupos que controlan localmente la producción. Hay una gradualidad que, en situaciones extremas, hace que las decisiones que afectan la producción y el consumo de la sociedad dependiente se tomen en función de la dinámica y de los intereses de las (clases) economías desarrolladas. La noción de *dependencia*¹¹ alude a las condiciones de existencia y funcionamiento del sistema económico y político en sus expresiones internas y externas. El desa-

¹⁰ F.H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1969 (hay numerosas reediciones).

¹¹ Es distinta la noción de *subdesarrollo*, que se refiere a un grado de diferenciación del sistema productivo y de la de centro/periferia que alude a las funciones que cumplen las economías subdesarrolladas en el mercado mundial.

rollo de una sociedad no supone su independencia, pues *no hay un nexo inmediato entre la diferenciación del sistema económico y la formación de centros autónomos de decisión*. La alteración en forma sustantiva de la relación de dependencia está supeditada a la esfera política del comportamiento social. Si se parte de una interpretación global del desarrollo, los puros estímulos de mercado son insuficientes para explicar el crecimiento. En síntesis, son los factores político-sociales internos (vinculados a la dinámica hegemónica externa) los que producen políticas que aprovechan las oportunidades del crecimiento económico. La interpretación dependentista de la formación y desarrollo del Estado-nacional requiere que el núcleo político de las fuerzas sociales internas tenga cierta autonomía frente a las relaciones económicas externas, que sin embargo siguen siendo decisivas. “En esto radica, quizá, el núcleo de la problemática sociológica del proceso nacional de desarrollo en América Latina”.¹²

La contribución analítica reside en que la dependencia no es externa, como en la teoría del imperialismo, sino que tiene una expresión específica interna en el modo de relación entre las clases y grupos de poder: es decir, que implica una situación de dominio que supone estructuralmente un vínculo con el exterior. De ahí la lectura intencionada que una generación de izquierda realizó, convirtiendo una propuesta analítica en un programa político: sustituir las clases “portadoras” de la dependencia, la burguesía, por una alianza que no actuara desde el Estado, como si fuera el aparato administrativo de la dominación externa. Hubo dependentistas de todo pelaje. Unos, más volcados a la versión economicista, fueron reformistas en su decisión militante; otros, la mayoría, asumieron la exégesis politicista, que los aproximó fácilmente al marxismo. Con las urgencias de la época, se produjo finalmente una inversión teórica producto de la emoción patriótica, con el resultado de que la independencia nacional fue más importante que el desarrollo. La revolución pospuso el cre-

¹² F. H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, op. cit., p. 29.

cimiento y esto se reflejó en los resultados del trabajo de algunos científicos sociales.

La modernización de las estructuras de la dependencia, el fortalecimiento de los centros nacionales de decisión, pasaban por la construcción del Estado como eje aglutinador, como la expresión de un poder moderno y democrático. El atraso no es una fatalidad estructural vinculada a la condición de dependencia. La CEPAL proponía en óptica economicista la política del cambio; la noción de *dependencia*, una versión politicista de la independencia económica, ambas inspiradas en los alcances posibles de la modernidad y en la afirmación, como trasfondo común, del universalismo de la razón, técnica-burocrática en un caso, política-cultural, en el otro.

Lo importante no era aislarse de los modelos culturales que necesariamente vienen del centro, sino incorporarlos a la periferia en las nuevas condiciones políticas favorables al rompimiento de la alianza dependiente-estructural. La intervención de los grupos populares como actores en este escenario fue una derivación izquierdista pero inevitable de la noción de *dependencia*. Esa relación llevó a uno de los dependentistas más conocidos, A. Gunder Frank, a preguntarse con ánimo izquierdista: ¿quién es el enemigo principal? ¿La clase dominante local, que es la que explota directamente y a la que se enfrenta cotidianamente en la puja salarial, o la burguesía imperial, lejana y ausente, pero que es la que finalmente se apropia del excedente? La conclusión era inevitable: romper la dependencia para alcanzar el florecimiento nacional era entendido como la necesidad de derrotar a la oligarquía local. Fueron los epígonos de la propuesta conceptual, abundantes en número, que no en calidad, los que forzaron diversas iniciativas prácticas, instrumentales, de la noción de *dependencia*.

Se produjo entonces una convergencia entre el “dependen-tismo” como alegato a favor de la nación, con el marxismo como denuncia antiimperialista. Con esta inspiración interpretativa, una parte de las ciencias sociales de América Latina alcanzó el clímax voluntarista, como herramienta intelectual para el cambio, en la que se inductinó una generación de jóvenes que más

que científicos sociales fueron activistas políticos. Esta reedición latinoamericana del llamado en Europa “marxismo de cátedra” fue más una opción ideológica que una materia de estudio científico. De hecho, la teoría marxista siempre estuvo en deuda con la realidad en la mayoría de estos países. Aún más, la raíz racional del marxismo fue sustituida por la vivencia emocional de tonalidad guevarista. Y entonces, el compromiso con las ciencias sociales quedó mediatizado irremediablemente con el activismo político.

Subyace en todo esto una trasgresión que se pagaría caro, como fue instrumentalizar la razón para finalidades sectarias, para efectos inmediatistas, con pretensiones de capilla. Los resultados propiamente social-científicos nunca se tuvieron. En el interior de una abundante literatura producida en la óptica dependentista-marxista, ¿existe acaso una obra fundamental de análisis concreto de una situación nacional (o regional)? Es ésta una deuda y una laguna que es problemático reconocer. El marxismo vulgar —que en opinión de Paramio es la única posibilidad de existencia del marxismo— y aun más, etnocéntrico y de manual, ganó más voluntades que mentes.

Sin embargo las ciencias sociales encontraron en el marxismo una fuente de inspiración simbólica, una cantera de temas problemáticos, de conceptos que enriquecieron el lenguaje, aunque muchos de ellos adaptados a los usos de la emoción subversiva, o como un referente culturalista de buen tono. En resumen, el marxismo facilitó una interpretación de la realidad imaginada y un acercamiento a la teoría de la revolución. En realidad, fueron, en plural, los marxismos (trostkistas, althusserianos, prochinos, peces prosoviéticos, gramscianos, y mil modalidades de ortodoxias), que traducidos por un lenguaje militante alimentaron, primero, una confianza indiscutida en el conocimiento que “producían”, y luego, un desbordado entusiasmo en las posibilidades de cambio.

La razón ilustrada de la planificación del desarrollo, de la CEPAL, para uso oficial, fue paralela con la convicción iluminista de la revolución, orientada a movilizar militantes. Como ya se

dijo, tuvieron en común una perspectiva optimista del futuro, que previeron mejor porque podía cambiarlo. Propiamente, por ser modificable podía ser perfectible, porque lo real está preñado de lo racional. Frente a tales posibilidades jugaban un papel importante tanto el funcionario técnico que prefiguraba en su discurso una sociedad moderna, como el ideólogo inflamado de convicciones que en su proclama soñaba con un mundo mejor. No obstante, en aquel momento nada fue más distante entre sí como el discurso del experto en cuestiones del desarrollo, cuya energía estaba al servicio del orden político que se quería transformar, pero dentro de los límites del sistema, y el razonamiento del cuadro político, cuya fuerza descansaba en una nueva interpretación de la realidad, que buscaba destruir el *establishment*.

A partir de los sesenta, pero más aún en la década siguiente, con raíces endógenas pero estimulado por la Revolución Cubana, el descontento social creció en intensidad. Fue éste un momento ascendente en las luchas sociales y políticas, animadas como nunca antes por una voluntad de cambio revolucionario. Diversas modalidades del marxismo se divulgaron y penetraron fuertemente en las ciencias sociales. Hubo momentos en que las escuelas de ciencias sociales y, en general, la universidad misma, fueron el centro de un activismo político sin precedentes. No se supo nunca si la sociología radicalizaba al joven estudiante, o si el joven radical se inscribía como estudiante de ciencias sociales.

LOS FRACASOS DE LA MODERNIZACIÓN

Hasta mediados de los años setenta fue ésta una época de momentos importantes en el crecimiento y modernización de las sociedades latinoamericanas. No fue sostenido ni generalizado, pero hubo cambios socioeconómicos en los niveles cuantificables de la urbanización, educación, instalación de un parque industrial; una importante diferenciación estructural que dejó atrás el destino primario-exportador en muchas de estas sociedades. Algunos otros países quedaron retenidos por su poderosa base agraria, y fue ahí, como en Centroamérica, donde las estrategias

de cambio revolucionario prosperaron. Los cambios en el reino de la economía no estuvieron necesariamente acompañados por alguna forma de secularización de la vida democrática. Ha habido una indeterminación sospechosa entre crecimiento y democracia, y más bien, en algunos países de Sudamérica, la implantación de regímenes burocrático-autoritarios, como los calificó O'Donnell, se explica como el expediente burgués para profundizar el capitalismo y ordenar su crecimiento. Sólo en Chile ocurrió con éxito ese proyecto.

Ya desde tiempo atrás, la sociología del desarrollo, que nunca salió de la Universidad, fue abandonada por los académicos al olvidarla en sus gavetas y no incluirla en el *pensum* de estudios. El propio Germani, en el otoño de su vida, quedó descorazonado por los efectos limitados de la modernización y por sus efectos visibles en la constitución de regímenes autoritarios. La derivación en la esfera cultural no aseguró el mínimo de integración social para la estabilidad de los regímenes democráticos, por la fuerza regresiva de las tradicionales formas de legitimación. Pluralismo y legitimidad no son fácilmente resueltos en el interior de la modernidad latinoamericana, pues la heterogeneidad de la sociedad no facilita la unanimidad de la soberanía popular. El temor de Germani fue la incompatibilidad entre desarrollo y libertad, entre modernidad y democracia.

Cuando todo esto ocurrió, la bancarrota de los presupuestos de la “planificación del desarrollo” era evidente, al resultar improbable la existencia de una racionalidad histórica que era susceptible de conocerse y manipularse. La realidad resultó ajena a aquellas sospechas optimistas y muy pronto los momentos desfavorables al cambio social empezaron a experimentarse con signos contradictorios y de múltiples maneras. El malestar económico causado por el primer aumento en los precios del petróleo (1973) prefiguró lo que luego vendría como el remolino de una crisis a comienzos de los años ochenta, que desorganizó las economías de la región y hundió el optimismo desarrollista. Por su parte, ya antes también las políticas intencionales de industrialización sus-

titutiva fueron paulatinamente engavetadas.¹³ La decepción de las virtudes del proyecto desarrollista desde la cúpula se generalizó por sus propios defectos y no necesitó que la crisis la reforzara, pues el crecimiento económico, cuando se produjo (como efectivamente sucedió), fue siempre un resultado no previsto. Hay en esto una cruel paradoja en que los agentes de la modernización planificada son víctimas de su propia programación, pues confiaron en una razón técnica que fue a la postre una ilusión política, una burbuja de un saber extraño a la realidad eminente en que se mueve el sentido común.

En los ochenta, la crisis de la deuda externa golpeó a todos los países latinoamericanos, lo que obligó a aplicar estrategias de salvataje que privilegiaron el mercado globalizado, libre, y que apartaron al Estado de su viejo papel promotor. Por eso afirmamos que ésta fue *sobre todo una crisis del Estado y no una crisis del mercado*, como en los años treinta. Fue una crisis fiscal, una devaluación del modo de intervención estatal en la sociedad, un debilitamiento de la forma burocrática de administrar lo público. Esa crisis descompuso al Estado en todas sus expresiones, desde el Estado autoritario en América Latina, del providente en las sociedades del capitalismo-de-bienestar, del Estado totalitario, en los países del socialismo real. La ciencia social latinoamericana en aquel momento era estadólatra. Lo fue a disgusto en la sociología de la modernización, cuando había que modernizar al Estado al expulsar del poder a la oligarquía; lo fue como actor/eje en el Estado planificador en la visión desarrollista, y también como el núcleo decisivo de la alianza antidependentista. La izquierda sociológica vio en el Estado la institución clave que había que controlar para ordenar la sociedad, como el objetivo de la tentación del proyecto revolucionario.

En cualesquiera de tales orientaciones, al Estado se le atribuyó una racionalidad y aparecieron los tecnócratas, que ejercieron

¹³ En Brasil se produjo una experiencia particular e imprevista, donde la devaluación cambiaria para proteger las exportaciones de café facilitó políticas de sustitución de importaciones, en los años cuarenta.

funciones de orden y dirección, dotados de eficacia frente a la complejidad de lo social. Todo esto es importante menos por la crisis económica que por los fracasos del desarrollismo planificado, menos por los aprietos del marxismo que por el hundimiento del socialismo; *el Estado y la política resultaron seriamente desacreditados en estos años*. La crisis del desarrollismo y del socialismo que puede deducirse de la crítica de la matriz iluminista, en opinión de Hopenhayn, está articulada con la ofensiva ideológica en pro del mercado que a escala planetaria se ha intensificado en los ochenta. El neoliberalismo forma parte de una ofensiva antiiluminista y antiestatista que se resume en una crítica de la función transformadora de la política y en una desvalorización de la intervención estatal para regular las relaciones económicas.¹⁴

La ola conservadora revaloró las funciones del mercado y situó al actor empresarial en el centro del escenario social. En medio de la debacle, no fue difícil aceptar el criterio de que las políticas de ajuste económico y liberalización eran el único camino que podía seguirse. Su lógica, representada por el ahora abandonado Consenso de Washington, no dejaba alternativas. Para salvar lo que quedaría de la etapa poscrisis, lo sensato pasaba por el mercado libre y el Estado subsidiario. En toda la región, el Estado se ha replegado a sus funciones mínimas de orden y control, administrador contable de los gastos sociales y agente minusválido en el ámbito internacional de una soberanía transnacionalizada. Por eso, como lo recuerda P. Anderson, la mayor victoria ideológica del pensamiento neoliberal fue la de no dejar margen para el disenso, en la fuerza de la unanimidad de sus respuestas. Cuenta entre sus éxitos “más notables el estrechamiento radical de los límites del imaginario colectivo, el encarcelamiento de los márgenes de lo que es posible pensar, y la internacionalización del discurso mercantil”.¹⁵

¹⁴ M. Hopenhayn, “¿Pensar lo social sin planificación ni revolución?”, en *Revista de la CEPAL*, No. 48, diciembre de 1992, p. 140.

¹⁵ H. Sonntag *et al.*, “Modernidad, desarrollo y modernización”, en *Pensamiento Propio, Revista Bilingüe de Ciencias Sociales del Gran Caribe*, nueva época, No. 11, enero-junio de 2000, p. 21.

Las energías en el ámbito público, el culto a la razón técnica que subyace en el optimismo de los que aspiran a encontrar opciones de cambio, la fe en una utopía terrenal trazada por el conocimiento y la imaginación sociológicos, siempre juntos, se agotaron unos o se esfumaron otras. Todo ello ocurrió como resultado de una transformación radical de las percepciones de la sociedad, de la cultura, de los imaginarios que hasta entonces animaban las voluntades colectivas. ¿Fue la sociedad capitalista la que cambió en una dirección no esperada o fueron los lentes utilizados los que quedaron inservibles?

Desde los años setenta, el entorno mundial empezó a experimentar transformaciones de fondo, en una dimensión que sólo recuerda lo ocurrido en la segunda mitad del siglo XVIII. Se vive una gran revolución centrada en las tecnologías de la comunicación y la ingeniería genética. Internet es, al mismo tiempo, el arquetipo y el más poderoso instrumento de dicha revolución. Y bajo el impulso de estas nuevas tecnologías y formas flexibles de organización y gestión nace *una nueva economía, y con ello una nueva sociedad*, que se caracteriza por el aumento de la productividad y la competencia global.¹⁶ La sociedad digital en proceso de construcción es la sociedad del conocimiento, sobre todo del tecnológico. Las ciencias sociales padecen de cierta orfandad en un escenario donde las redes de la información atraen recursos financieros y humanos. Estamos experimentando el hundimiento de ciertas instituciones y conocimientos, de las formas de producir y consumir, la exaltación tecnológica incorporándose diariamente a la economía mundial y el apareamiento de nuevas formas de relación social *on-line*. La investigación social, por cierto, tiene aquí una nueva frontera de trabajo.

De hecho fue desde la década anterior cuando aparecieron los signos anunciadores de esta profunda mutación en camino, pero inescrutables debido a esa incapacidad que tiene el ser humano para percibir la naturaleza íntima de los momentos decisivos,

¹⁶ Manuel Castells, "Tecnologías de la información y desarrollo global", en *Política Exterior*, vol. XIV, No. 78, diciembre de 2000, p. 151.

cuando están ocurriendo. La conciencia es incompetente para valorarlos en el momento en que los estamos viviendo y el efecto personal es una actitud esquizoide en que lo bueno y lo malo se perciben como opciones compartidas. Crece una falta de confianza porque la gente percibe las diferencias de oportunidades que la globalización ofrece, y el hecho de que el mundo antes dividido entre ricos y pobres (que todavía se mantiene, agravado) esté siendo complementado por una brecha aún peor, entre integrados y excluidos del actual sistema de riqueza y poder. De hecho, los informes de desarrollo humano registran un aumento de la pobreza y las desigualdades. La teoría de la difusión de la riqueza no está funcionando. Éste es un escenario ideal para alimento intelectual de las incertidumbres.

En esta perspectiva, se deben mencionar brevemente lo que en el recuerdo es como trazar en carne viva una agenda de fracasos: la crisis del marxismo, que antecedió en más de una década a la crisis final del socialismo real; el ocaso de todo proyecto revolucionario; la crisis económica que terminó con la utilidad de los planes de desarrollo; la obsolescencia del Estado empresario; el fin de una modalidad histórica de articulación con la sociedad y el mercado y la pertinencia de una economía desregulada y con libre comercio. La caída del socialismo real, el fin de la Unión Soviética, tienen efectos no sólo políticos sino culturales desastrosos, porque no estamos viviendo la crisis de un tipo de movimiento, régimen y economía, sino su fin, el fin de una época, como lo afirma Hobsbawn.¹⁷

Esta imprevisible mutación tuvo efectos de un seísmo profundo en el terreno de las ciencias sociales. Adelante se registran las líneas generales de semejante metamorfosis crítica. Los sinsabores fueron peores para los socialistas que para los planificadores. Si la razón técnica se disoció de la razón política, para muchos bastó

¹⁷ Quienes creyeron que la “revolución de octubre” era la puerta del futuro de la historia, se equivocaron, como Lincoln Steffens, al afirmar: “he visto el futuro, y funciona”. No funcionó bien pero no resultó ser el futuro. E. Hobsbawn, “Adiós a todo eso”, en R. Blackburn (ed.), *Después de la caída del comunismo y el futuro del socialismo*, Barcelona, Crítica y Grijalbo, 1994, p. 127.

un ajuste burocrático a las nuevas prioridades y permanecer en el presupuesto público, dejando pasar pausadamente la búsqueda de opciones. El saber técnico, gerencial, de ingeniería institucional, fue apareciendo. Pero para el sociólogo revolucionario, el fin del socialismo dejó en el aire las raíces de cualquier proyecto futuro de cambio; el hundimiento fue el fin de una razón vital personal. Y también el debilitamiento de las ideologías fuertes, y aún más, *la sospecha vuelta certeza de que la historia no tiene una dirección ascendente, sino resultados estocásticos*. La imagen de las ciencias sociales asociada a la idea de progreso pierde cierto encanto y se vuelve aburrida.

Todo ocurrió en un breve tiempo, pero en un espacio universal: el brutal fracaso de los socialismos del subdesarrollo (Angola, Mozambique, Etiopía, Afganistán), la caída del muro y el hundimiento de la URSS y de los países europeos de la democracia popular; y por la cercanía, la derrota de la Revolución Nicaragüense en elecciones democráticas. La reversibilidad del socialismo, trecho superior de la ilusión del desarrollo, prueba en tan poco tiempo los atajos de la historia, las insuficiencias de la razón teleológica, la discutible utilidad de la revolución. La *boutade* reaccionaria es trágica, cuando define al socialismo como el camino más largo para pasar del capitalismo al capitalismo.

LAS CIENCIAS SOCIALES Y EL PESIMISMO

La filosofía postmoderna y el vivo debate que provocó, no produjo, como muchos lo afirmaron, la crisis de las ciencias sociales en América Latina, pero al intersectarse con ella, contribuyó a alimentarla y, *ex post*, a explicarla. Las ciencias sociales fueron paulatinamente alterando su dirección teórica, soltando temas y técnicas, abandonando modelos conceptual-ideológicos y hasta produciendo vergüenza —valga el ejemplo— en la dimensión erudita de ciertas citas bibliográficas, esas que antes daban prestigio.¹⁸ Fueron varias las razones, en parte originadas en la

¹⁸ Citar a Marx aún sin haberlo leído era bien visto; o bien a sus epígonos de la

enorme ola cultural, conservadora, que lo cubrió todo desde los años setenta. El neoliberalismo no llega solo: va de la mano de los seguidores de Popper, de Hayek y de Lyotard. Ocurre cuando de la economía de mercado se pasa a la sociedad de mercado, acompañada por los extraordinarios éxitos de la informática y del mundo de Internet.

En un extremo aparecen los posmodernos, que al proclamar el colapso de la modernidad se preocupan, sobre todo, de referirse a sus bases culturales, y con ello cuestionan los paradigmas en las ciencias sociales. Hay otros que reconocen la crisis de la modernidad, pero animados por un sentido autorregenerativo. Un primer aspecto importante, que reiteramos ahora, es la crisis de los paradigmas, que en su lenguaje original Lyotard¹⁹ califica como *el fin de los metarrelatos*, categorías generales que han servido para interpretar la realidad, en la mejor tradición iluminista. Justamente, la contribución de los padres fundadores del siglo XIX —Comte, Marx, Weber, Durkheim—, fue la de establecer categorías teóricas que integran y estimulan los procesos de producción de conocimiento, sirven para interpretar la realidad y para ordenarla teóricamente bajo la noción de conceptos como progreso, desarrollo, cambio ascendente, en una visión optimista según la cual la historia marcha en una dirección previsible. Pero en la óptica posmoderna la historia es discontinua, sin una racionalidad interna, es decir, llena de incertidumbres respecto del futuro. Y la realidad es fragmentada y difusa. El propósito heurístico de la teoría, “iluminar” los datos y hacerlos “hablar”, enfrenta dificultades.

La evanescencia de los paradigmas debilitan momentáneamente la investigación en las ciencias sociales, en tanto la realidad pareciera ser sólo parcialmente inteligible, porque parece preñada por el caos, llena de tantas direcciones como investigadores hay, y a lo más que se puede aspirar es a obtener resultados

década de los setenta. Hoy en día, el apoyo en estas autoridades teóricas está devaluado.

¹⁹ Jean François Lyotard, *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra, 1986.

provisionales, parciales, dispersos. Con ánimo ajeno a las modas intelectuales, Savater insiste en que la razón no es suficiente por sí misma y en ciencias sociales es sólo el vínculo con la realidad, cuya verdadera naturaleza sólo se puede conocer a través de la experiencia. Lo real hay que observarlo, someterlo a prueba. La realidad no es conocimiento dado de antemano sino resultado de una aproximación de la razón por medio de la experiencia, de la medición, del cálculo. Atajando “el asalto a la razón”, afirma que ella ilumina lo real porque es instrumento y método.²⁰ Las facultades de la razón no es cierto que disminuyan o nunca fueron suficientes, simplemente que el esfuerzo por desentrañar lo que ocurre en la sociedad, el fenómeno social, pierde momentáneamente coherencia y predecibilidad, en tanto el paradigma, la teoría, ayudaba no sólo a describir cómo son las cosas sino cómo se integran en una dirección conocible, y por ello, modificable.

En rigor, aunque la crisis comprende a todas las escuelas, es la matriz marxista la que resultó más dañada, por sus dificultades para invocar principios teleológicos, por la quiebra del historicismo, porque el pensamiento racional va por ello en otra dirección. Esa matriz, antes espacio de consensos ideológicos y académicos, de ortodoxias, ahora es sustituida por una matriz ecléctica, que les resta legitimidad a los hallazgos. La sensación que se experimenta es la fragmentación de la realidad, percibida mejor según sus practicantes con los instrumentos del individualismo metodológico y de la óptica microsociológica. Hay una tendencia a percibir más fácilmente la heterogeneidad estructural que retener porciones del tejido social, que restarle complejidad a lo social, con lo cual el extravío de la racionalidad única da paso a la multiplicidad de interpretaciones, al relativismo. Todo esto conduce a la noción de indeterminación de lo social, asunto grave porque se sitúa a contrapelo de la mejor tradición sociológica latinoamericana de los primeros años fundadores.

²⁰ Fernando Savater, “El pesimismo ilustrado”, en G. Vattimo y otros (eds.), *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos, 1994, p. 112.

Las ciencias sociales continúan desarrollándose, y hablar de crisis sólo es válido como referencia al pasado. Es el resultado de proponer una comparación con nostalgia y con el ego lastimado. Hoy en día hay más instituciones de enseñanza, más investigadores, más publicaciones, recursos y público que hace 20 años. Y probablemente hay más información sobre estas sociedades. Pero todo esto ocurre bajo otro techo. Ciertamente se privilegia más el saber tecnológico de lo social, se buscan insumos simbólicos para explicar los procesos sociales aislados, se multiplica la información y se renuncia a la necesidad comprensiva del mundo y de la sociedad. Los recursos intelectuales se orientan por la ingeniería social. En el nuevo ambiente político y cultural, el perfil del intelectual y del investigador se desdibuja en provecho del experto que sabe, poco o mucho, pero con una utilidad inmediata que tiene precio. Los determinantes de los nuevos escenarios están calificados por las macro tendencias que reconstituyen la sociedad actual, tales como la influencia determinante del mercado, el papel subsidiario del Estado, la desvalorización de lo político y de lo público, la integración internacional asimétrica, la segmentación social que produce la informática, etc.

Hubo una época en que el uso del instrumental de conocimientos que manejaban la sociología/ciencias sociales, y sus resultados era un símbolo de estatus. La investigación, el trabajo intelectual en nombre de las ciencias sociales creó un aura para quienes se dedicaban a tales actividades. Eran respetados en el entorno de la cultura tanto como en los pasillos de la política. En los medios académicos y en los lugares adyacentes, el prestigio, el buen nombre, la valoración del investigador alcanzó una legitimidad nueva. Las esperanzas que los científicos sociales o los planificadores alimentaban en un público ansioso, como dueños de un saber para corregir la historia, era más importante que el efectivo manejo técnico instrumental disponible. Paradójicamente, la confianza en los medios era suficiente, a veces, para no valorar los resultados.

Es importante identificar, hoy, el uso que se les da a los resultados de la investigación social, recordando que durante todos

estos años el lenguaje de las ciencias sociales penetró en amplios públicos no académicos, especialmente en la retórica política y periodística. Abundan los conceptos cuyos referentes teóricos, precisos, se perdieron en el terreno polvoriento del sentido común. Dos fenómenos de esta actualidad contribuyen a que los usos de las ciencias sociales vayan variando en la apreciación del público, en su utilidad y hasta en la valoración social que producen. Por el lado negativo, hay desconfianza si los resultados aparecen contaminados por el virus ideológico; se descalifica el producto intelectual si se envenena con soluciones politizadas. Por el lado positivo, la credibilidad va en aumento si el hallazgo se acompaña del dato cuantitativo, porque si es medible es menos objetable (encuestas, estadísticas, fenómenos mesurables).

Aquí cabe recordar que los conocimientos tienen dos caras, según Brunner/Sunkel, una de las cuales es más visible. Ella es la cara del conocimiento como representación, idea o bien simbólico; la otra, es la del conocimiento como destrezas que permiten al poseedor actuar bien informado.²¹ El conocimiento en su primera acepción estimula el reconocimiento social; en cambio, el segundo es más utilizado por un mercado ávido del producto del experto, está más próximo al sitio donde se toman las decisiones. En este clima ocurre la despersonalización no sólo del proceso sino de los resultados del conocimiento, que ahora es más institucional y se mueve con una dinámica que convierte el conocimiento en información manejable. Entonces, el saber es un insumo más que debe ser procesado. La información es informática. Sin duda, 20 años después, *la figura del intelectual se desdibuja y en su lugar aparece la efigie del técnico*. La excitación intelectual no daba oportunidad al escepticismo, que no tardó en llegar, y que ha sido sustituido por el pragmatismo del funcionario, sabedor de que el conocimiento que se le ofrece, tiene utilidad inmediata. Los investigadores sociales son profesionales cuyos productos tienen ahora un nuevo mercado. Tal vez es ese

²¹ J.J. Brunner y G. Sunkel, *Conocimiento, sociedad y política*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, 1992, p. 10.

destino el que explica el cambio de reputación, casi como una reiteración de que también en este ámbito, como lo enuncia la Ley de Say, la demanda provoca su oferta.

En la actualidad, las exigencias de la producción de las ciencias sociales se orientan más por lo que en el interior de una falsa dicotomía se llamaba *ciencia aplicada*. El profesional se agrupa en *think tanks*, en consultorías privadas a veces de carácter internacional, en redes de asesorías técnicas abiertas, disponibles por gobiernos, empresarios y hasta Organizaciones no Gubernamentales (ONG) y organizaciones sociales que requieren ciertas informaciones técnicas. Se trata de una producción manipulada del conocimiento que se vende a quienes pueden “pagar” por los servicios. Antes, el público académico recibía y estudiaba el resultado de una investigación, y discutía su eventual valor teórico, su aporte al conocimiento y su valor crítico de la realidad. En el mercado de la información, ahora el usuario lo utiliza como documento confidencial (en el sentido de utilización restringida) y lo califica según su aplicabilidad o la sabiduría de sus recomendaciones, ajustadas a las exigencias de un *statu quo* que se acepta. *Los usos han cambiado la naturaleza de los resultados, de cuyo valor intelectual no puede dudarse en uno u otro caso.* O tal vez la calidad de los resultados, producto del ambiente, condiciona la utilidad o la preferencia de sus aplicaciones.

La metamorfosis se aprecia mejor si imaginamos en una breve descripción, primero, la figura del investigador social, sentado en su “cubículo” tradicional, dirigiendo un proyecto de alto contenido teórico, con plazos flexibles de entrega, con un salario predeterminado, que asegura el cheque al final de cada mes; o bien, recordemos la imagen del profesor, empolvándose en una biblioteca universitaria, preparando los cursos disciplinarios que debe dictar en alguna carrera profesional. Sin duda estos papeles (roles) seguirán actuándose, pero marginalmente, pues experimentamos ya un masivo movimiento, *un recorrido no siempre traumático del académico que ahora se convierte en consultor.* Hay diferencias cualitativas. Éste negocia en una oficina (¿más moderna?) y se compromete en proyectos cuyo tema y propósitos no define; el

abultado cheque no le llega cada mes sino al finalizar el contrato y contra entrega a satisfacción de la mercancía, monto que no depende del conocimiento como bien simbólico que se produce, sino de la utilidad instrumental que se le atribuye por servicio que atiende, y que es un componente de decisiones que toman otros, ya sean empresas, individuos, gobiernos. Se produce así una relación orgánica entre el saber superior y las decisiones estratégicas en el orbe privado o público. El académico es un intelectual en el reino de la cultura universitaria; el consultor es un profesional en las redes del mercado. La descripción anterior puede ser criticada por semejarse a una caricatura, pero que como tal, contiene los trazos esenciales que identifican a ese personaje.

A partir de los extensos cambios que están ocurriendo en estas sociedades de mercado y de la modernización en todos los órdenes de la vida productiva, es posible que este “recorrido” del que se habla en el párrafo anterior ya no ocurra en la vida de una persona; y que por el contrario, se trate de la nueva generación de graduados en ciencias sociales, que ya salen entrenados en programas especializados en gerencia o planificación estratégica, en diseños de sistemas, formación de recursos humanos, formulación y evaluación de proyectos, administración de programas, etc., y vayan directamente a la consultoría. La demanda especializada está en correspondencia con los cambios en la oferta universitaria. Las universidades de América Latina han visto reducir sus programas de sociología por la significativa disminución de la demanda estudiantil y han crecido en proporciones imprevistas las “escuelas-de-administración-de-negocios” o de especialidades que entrenan para insertarse en un mercado exigente de técnicas vinculadas a la empresa, incluido aquí al Estado mismo, cada vez más manejado con ánimo gerencial.

PESIMISMOS, SÍ, CREATIVOS

La ofensiva del mercado libre sacó provecho del pesimismo posmoderno y acentuó sus efectos en el ambiente en el que hoy en día se procesan las ciencias sociales. La ausencia de una concep-

ción progresiva de la historia y la crítica a las ideologías debilita las raíces del pensamiento utópico. Es importante alguna dosis de este alimento espiritual para que surja el pensamiento crítico, rasgo que tiende a desaparecer, sin que el científico social se hunda necesariamente en el cinismo.

Si la tarea esencial de la razón es la inteligibilidad del mundo social, no tiene por qué cancelarse la pertinencia crítica. Ella es inherente a este tipo de conocimiento. Otro problema es el de advertir desde dónde se formula la voluntad de cambiar el mundo porque no nos gusta, y otra la capacidad de formular alternativas. El compromiso ahora es de otra naturaleza y no conduce directamente a organizar la voluntad para transformarlo. ¿Hay un optimismo en el pensamiento y un pesimismo en la voluntad? Probablemente sí. Hubo una generación vanidosa y soberbia entre los científicos sociales; un convencimiento de que se hacía ciencia de la buena y, aún más, se hacía política constructiva.

El orden de las cosas está alterado, y situados en esa perspectiva afirmamos que hoy en día se viven *dos momentos críticos*. Es bueno saberlos distinguir porque ambos pueden nutrir los pesimismos del posmodernismo masoquista. Hay uno, menor, que es el que estas reflexiones intentan reflejar, de tal manera que al hablar de pesimismo pensamos, como un componente de la modestia, en lo que Hopenhayn llama el fin de las “apuestas fuertes”, en la necesidad que la *intelligentzia* tiene de desplazarse hacia una mayor humildad intelectual, desde la cual se busca comprender la complejidad social. “La aventura de los proyectos totales ha sido sustituida por la observación ‘prudente’ de las articulaciones intrasociales”.²² Hay una crisis mayor, que afecta a toda la ciencia, a la tradición newtoniana, que se formula en términos sistémicos, y en la larga duración. Wallerstein postula el fin de la certidumbre en las ciencias sociales.

²² M. Hopenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados: las aventuras de la modernidad en América Latina*, México, Siglo XXI, 1994, p. 175

Necesitamos desesperadamente una discusión intelectual colectiva, y si llamamos a esta discusión ciencia, filosofía o ciencia social, es algo por lo que siento la mayor indiferencia. Vivimos con el saber de que la incertidumbre, al menos la incertidumbre a largo plazo, parece ser la única realidad inamovible.²³

La cuestión clave para la generación fue la conexión entre el conocimiento social y la capacidad para reconocer el mundo moderno. Francis Bacon dijo a principios del siglo XVII que *la finalidad de la ciencia (en general) es mejorar la suerte del hombre en la tierra*, y propuso un método para hacerlo. Derivado de tal pretensión, ha quedado atrás una época en que las ciencias sociales, con confianza en sus métodos, creían en la existencia de un lazo orgánico entre el conocimiento que ellas producían y la capacidad de rechazar un mundo que nos disgustaba. Había en ello un referente utópico, un optimismo ingenuo. Calificamos el momento actual como negativo y la actitud de pensarlo, como pesimista. Las razones del pesimista son relativas, deductivas y provisionales. Llamamos *pesimismo* al clima en el que todo esto ocurre, sin que esto sea lo opuesto a negatividad. Es sólo una referencia relativa, comparativa, al “otro” momento de la modernidad. Lejos de la intuición estética (que los posmodernos valoran) o de la revelación religiosa (que los fundamentalistas predicán), hay que reconocer que la razón ilustrada ha fallado en la modernización de América Latina. Las dos vertientes de las que hablamos no han producido ni una sociedad desarrollada ni una democracia estable.

De las diversas maneras que las ciencias sociales han analizado la historia latinoamericana de los últimos 50 años, el reproche del pesimista que se merecen en esta coyuntura es que no fueron capaces de explicar por qué el desarrollo sería más excluyente, por qué la cultura sería más elitista o cómo dar cuenta del atroz período autoritario. La razón no da cuenta de las debilidades de

²³ Immanuel Wallerstein, *El fin de las certidumbres en ciencias sociales*, México, CIICH-UNAM, 1999.

la capacidad humana de dominio sobre lo natural y del control sobre lo social. La reversibilidad del socialismo, la clausura del *ethos* revolucionario, son síntomas de un malestar que vuelve escépticos a muchos, agravado por los males que el mercado reparte sin remedio al volver más desigual la sociedad, más el desastre ecológico, más el aumento de las formas incivilizadas en la vida social: fanatismo, intolerancia, prepotencia política de los más fuertes.

Cualquiera que fuese la verdad de todo esto, *la conciencia optimista/pesimista es una forma maniquea de pensamiento* que no tiene sino un sentido provisional, aplicado a los efectos de una coyuntura y calificada así porque al tenerlo como un punto de partida, se puede volver a asumir las tareas con más confianza, con un futuro menos incierto. El pesimismo en la ciencia no es de la misma calidad que el que enferma el ánimo, pues no es pérdida de fe sino inseguridad, incertidumbre frente al futuro o ausencias de certeza en vista de lo heteróclito de los resultados. Al hablar del pesimismo, con ánimo positivo nos situamos en una perspectiva práctica, provisional, deductiva, porque la premisa mayor era una ilusión. Los desilusionados son aquellos que tuvieron un sueño. Es, también, una disposición teórica referida a los propósitos de la acción humana.

¿Generan las ciencias sociales conocimientos acerca de la vida moderna que puedan ser usados en interés de la predicción y del control? Hemos sido formados en la convicción de que las ciencias sociales proporcionan información acerca de la vida social, que puede darnos cierta calidad de control sobre las instituciones sociales, similar al que proporcionan las ciencias físicas en el reino de la naturaleza. El desfundamiento del fanatismo instrumental de las ciencias sociales, sobre todo en su versión empirista, frente a una nueva realidad emergente, es muy grande y es fuente de desorden. Ésta no es una realidad posmoderna, pues lo que estamos experimentando es la modernidad del viejo orden renovado, una fase en que la trayectoria del desarrollo apunta hacia un nuevo y distinto tipo de orden social. Lo posmoderno es solamente la conciencia de que esa transición está ocurriendo, pero no nos

muestra la dirección en que ella se mueve. Las interrogantes de la sociedad informatizada son elementales, pero resulta inevitable asumir que *el futuro es más problemático que enigmático*.

¿Qué está sucediendo realmente en este orden para el que no tenemos carta de navegación? a) la sensación de estar viviendo un período claramente distinto del pasado, del cual tenemos memoria cierta; b) descubrir que nada puede ser conocido con alguna certidumbre, ya que las bases de la epistemología al uso parecieran no ser suficientemente confiables; c) que la historia está enemistada consigo misma, sin una filosofía historicista y en consecuencia, ninguna versión de progreso puede ser plausiblemente defendida como futuro; y d) una nueva agenda social y política con el tema de la defensa del medio ambiente en el centro y como el mayor problema del desarrollo. ¿Cosas nuevas? ¿Qué hacer frente a una sociedad en que la responsabilidad de la integración social ya no la hace la política y el Estado sino el mercado? Ahora, el bienestar produce desocupados y toda actividad que moderniza la gestión productiva, las inversiones técnicas y de capital que man emplea. Los mercados laborales se complejizan, disminuye la clase obrera pero aumenta la productividad; y las diferencias de clase pierden significación frente a los activos e inactivos y con relación a lo étnico, cultural, regional. Hay razones, finalmente, para imaginar mundos mejores dado el entrapamiento al que están conduciendo, por un lado, los efectos negativos de la globalización y por el otro, la incapacidad del mercado como factor de regulación social. La ampliación de la pobreza, pero sobre todo el carácter multifacético de las desigualdades y *pari pasu*, el fracaso de las políticas para combatirlas, plantea desafíos importantes a las ciencias sociales. La revalorización de la democracia y de nuevas formas de hacer política, todavía en germen, apuntan a la consolidación de una cultura de participación ciudadana. Las ciencias sociales tienen nuevas opciones en las formas de comprender la realidad social, acercándose a los problemas desde gestos de inconformidad, pero valiéndose de una renovada confianza en la razón, capaz de proyectar un futuro mejor, unos diseños utópicos, una interpretación teleológica.

Lo importante es ver alternativas, opciones, caminos. La cuestión es saber desde qué proyecto de futuro se construye hoy en día el conocimiento de lo social. La responsabilidad es la misma que en el pasado, cuyo recuerdo nos vuelve pesimistas. Salgamos de la crisis menor para enfrentar la otra, la que proclama el caos en la ciencia misma. Desde cierto escepticismo será posible construir certidumbres. Ésa es la tarea para la generación que nació con Internet. Es decir, que ya empezó a caminar.